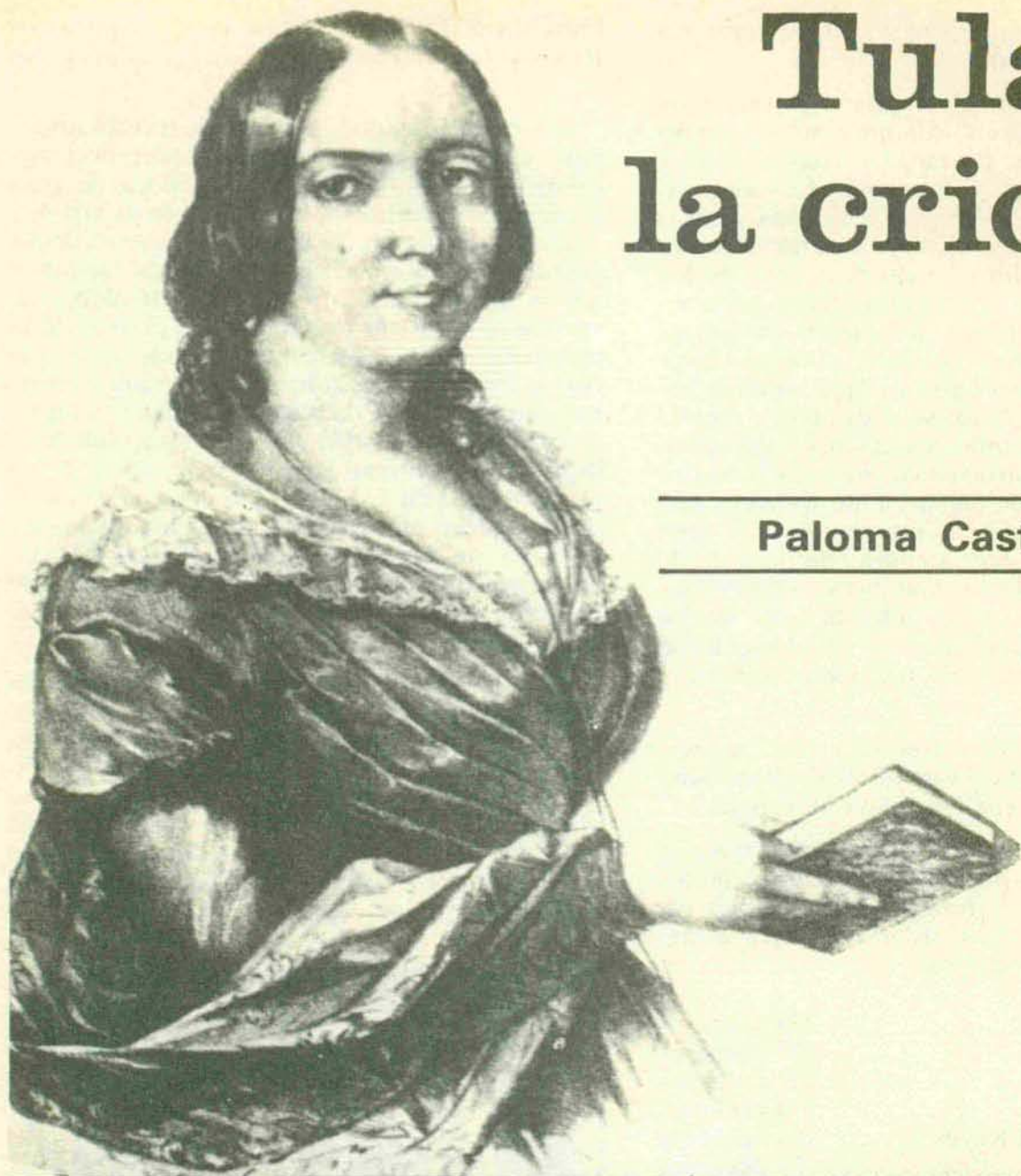


Tula, la criolla

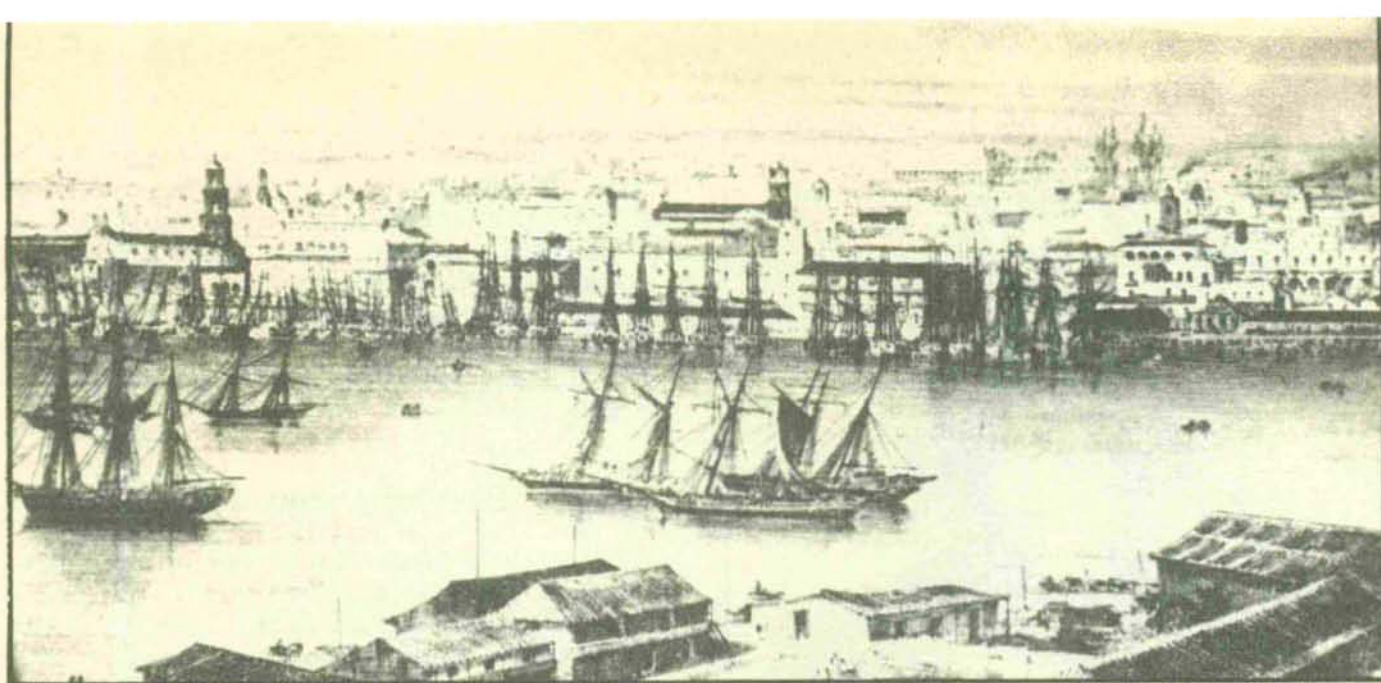
Paloma Castañeda



GERTRUDIS Gómez de Avellaneda es la mujer que lo tuvo casi todo en la vida: belleza, talento, amor, sensibilidad, fama, posición social, envidias, críticas, alabanzas, incomprensión que hizo exclamar a Bretón de los Herreros: ¡Es mucho hombre esta mujer!, dándole cumplida respuesta Menéndez Pelayo cuando dijo: «La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer» (1). Efectivamente, la Avellaneda es toda una mujer que luchó contra la vulgaridad, que tuvo inquietudes, que aspiró a un sillón en la Real Academia y su poesía constituye páginas preciosas en nuestra literatura, ya Valera escribió: «No tiene ni tuvo rival en España, y sería menester, fuera de España, retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia para hallarle rivales en Safo y Corina» (2).

(1) «Una vida romántica - La Avellaneda», por Carmen Bravo-Villasante. EDHASA, Barcelona, 1967.

(2) «La Avellaneda - Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa», por G. Gómez de Avellaneda. Huelva, 1907.



Vista de La Habana hacia 1830.

MARIA Gertrudis de los Dolores Gómez de Avellaneda, nació en la región camagüeña de Puerto Príncipe en la isla de Cuba, el 23 de marzo de 1814. Su padre era teniente de navío de la Armada Española y fue trasladado a Cuba en 1809. Don Manuel, andaluz, se casó con una cubana, hija de una familia distinguida de la isla, Francisca de Arteaga y Betancourt. De aquel matrimonio nacieron cinco hijos de los que sólo consiguen sobrevivir, Manuel y Gertrudis, Tula para los íntimos. La presencia del padre en el hogar pronto acaba, tenía Tula nueve años, cuando muere su progenitor. Nunca lo olvidó y cuando su madre al poco tiempo de enviudar contrajo nuevo matrimonio, jamás aceptó estas segundas nupcias. Para ella fue una traición y lo fue toda la vida. Las relaciones con su padrastro siempre fueron tensas, de hecho jamás se dirigió a él en otro término que por el apellido, Escalada. Su infancia a partir de este momento fue infeliz. Niña precoz en todo lo fue hasta en el dolor y la amargura. Poseedora de una gran inteligencia y gusto por la lectura, vive una vida ficticia a través de las páginas unas veces, otras interpretando dramas, recitando poemas, siempre volando la imaginación. Pero como un faro que iluminase su vida, en aquellos días tuvo un contacto que la hizo saborear las mieles del éxito, los aplausos, la gloria. La hizo tomar confianza de su propio yo. Es a raíz de una serie de representaciones que se hicieron con objeto de obtener fondos para hacer un colegio gratuito para niños pobres, entre las seleccionadas estaba ella. Y así hizo su debut de primera actriz. La interpretación fue un triunfo y la llovieron los elogios, tanto, que ella misma confiesa estuvo a punto de trastornarla, incluso su madre llegó a prohibirla leer ninguna obra dramática, ante tal veto optó por crearlas.

Eran tan grandes sus anhelos de fama que la isla se le va quedando pequeña y poco a poco

va creciendo en ella la idea de ensanchar estos mundos, de conquistar nuevas metas, y su mente está fija en España, en la tierra de su padre que siempre ha deseado conocer. Mientras que estos proyectos se llevan a la práctica, la Avellaneda participa activamente en sociedad, también se trata su matrimonio con un pariente lejano suyo. Es hombre muy acaudalado, lo que se llama un buen partido. Por la ausencia de su prometido ella sigue frecuentando sus habituales reuniones, en ellas conoce a un muchacho apellidado Loynaz con el que congenia y se siente a gusto. Su mejor amiga, Rosa Cardona, convence a la madre de que entre ella y Loynaz hay correspondencia amorosa y que él la inducía a romper su compromiso matrimonial, lo que hace adelantar la fecha de la boda para evitar que tan buen partido no se vaya al garete, sin embargo, Tula aborrece a su novio, él sólo va por la dote. Estaba en vísperas de la boda con todo preparado cuando toma una decisión vital, no se casa. No se sentía con fuerzas suficientes para llevar a cabo un matrimonio impuesto y huye a casa de su abuelo. Aquella renuncia fue ruidosa; el escándalo mayúsculo. Pero esta forma de comportarse, esta huida desesperada en un momento crítico, no será la primera vez que lo lleva a la práctica, será su defensa ante la adversidad. No fue éste el único golpe que recibe, su mejor amiga, Rosa, la ha decepcionado. Se ha enterado que Loynaz y ella son novios. Este algún tiempo después quiere volver con ella, pero Tula ya había tomado su decisión y ésta es irrevocable.

La situación familiar por el rompimiento se deteriora todo este cúmulo de contratiempos, hacen que tome otros rumbos, tal vez un viaje sea la solución para olvidar. De nuevo vuelve a la memoria la estampa andaluza, allí está la familia de su padre, allí quiere estar ella. Su padrastro en esto está de acuerdo y convence a la madre para que venda fincas y esclavos. An-



Maria Cristina de Borbón (1806-1878). Cuarta esposa de Fernando VII (1829-1833). Reina gobernadora de 1833 a 1840, durante la minoría de edad de su hija Isabel II. (Litografía por C. Rodríguez).

tes de marcharse a España, pasan varios meses en Santiago de Cuba, allí una vez más vuelve a ser la estrella de las fiestas, su belleza, su temperamento la hacen destacar sobre las demás. Es imposible pasar desapercibida. Carmen Bravo-Villasante en su libro sobre la Avellaneda (3) la califica de «ejemplar único en la isla» y dice: «Que por su carácter que es fuera de lo vulgar, es una salvaje a la moda, que no acata las leyes sociales, rebelde a los prejuicios, desasiada de las conveniencias, inocente e iracunda, cándida como otros cándidos salvajes que han inventado los escritores fran-

(3) «Una vida romántica - La Avellaneda», por Carmen Bravo-Villasante. EDHASA. Barcelona, 1967.

ceses, majestuosa en su independencia, y tratando de ser sublime en sus decisiones. Por el momento, es un ejemplar único en la isla de Cuba. Muy hermosa, muy valiente y decidida, es también una mujer sensible, sometida a las pasiones, que tan interesantes hacen al ser humano.»

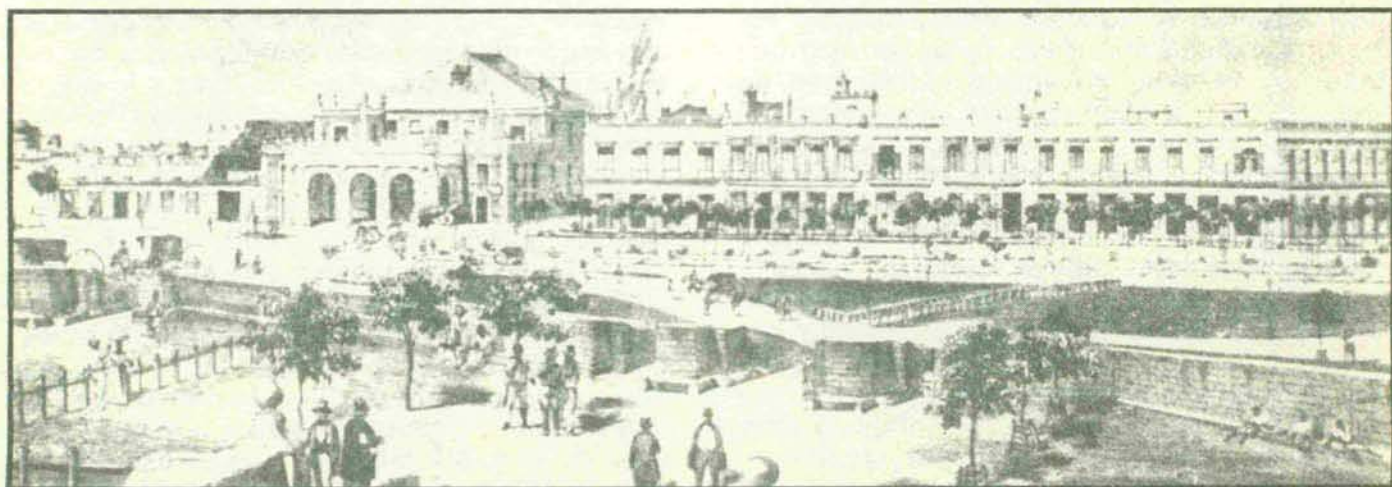
Una noche de abril de 1836 embarca en la fragata «Bellochan» que se dirige a Europa.

El viejo continente

Era el 3 de mayo cuando por fin pisa suelo europeo. Primero Burdeos luego La Coruña donde permanece cerca de dos años. Su estancia en tierras gallegas no es grata por dos motivos, uno por la pobreza de sus gentes, el otro por la incomprensión que la rodea, la familia de su padrastro la tilda de inútil porque no tiene apego a las labores caseras, se burlan de ella llamándola «doctora» por su afición al estudio y la tachan de «atea» por leer a Rousseau. Es entonces cuando conoce a Francisco Ricafort, se gustan nada más conocerse, pero sus caracteres eran antagónicos. Ricafort se sentía humillado ante su talento, no quería que hiciera versos, que tuviera amor al estudio, que tuviera inquietudes, deseaba una vida oscura para ella, y en efecto no eran estos los planes de Tula, que si algo estaba dispuesta era a no renunciar a la cultura, como ejemplo basta este pensamiento: «Mi familia pertenece a la clase que llaman noble, pero yo no pertenezco a ninguna clase. Trato lo mismo al duque que al cómico. No reconozco otra aristocracia que la del talento» (4).

Estas divergencias, junto con la desaprobación de su hermano Manuel, hace que aquel amor fugaz sea pronto olvidado con un atractivo viaje por Andalucía que realizan los dos hermanos.

(4) *Idem.*



La Habana. Teatro del Tacón y parte del paseo de Isabel II en 1830.

Sevilla aparece ante sus ojos, el sol radiante, la alegría de la tierra, su sangre andaluza se identifica instantáneamente con sus gentes, con sus ciudades, Sevilla la encanta. Rápidamente hace amistades, hay dos que se la disputan, Antonio Méndez Vigo e Ignacio Cepeda. El primero le es simpático, el segundo la atrae. Méndez Vigo se enamora mientras que Cepeda titubea. Tal vez para darle celos frecuenta sus salidas con Méndez Vigo, tanto, que incluso hablan de boda, aunque no se lleva a efecto porque la Avellaneda no lo desea, quien realmente la interesa es Ignacio. Este joven, de buena presencia, muy señoril, de gran porte, muy tradicional y un perfecto artista a la hora de ocultar sus sentimientos, de este caballero se enamoró profundamente la Avellaneda. Fue un amor que duró años con oscilaciones, pero quedó paso a un amor sincero por parte de Tula. Este Cepeda era indigno de su cariño, jamás supo corresponder a tan nobles sentimientos. A él le atraía la cubana por aquel brío, por aquel ímpetu que lo arrollaba todo en aquella época valiente, de su vida. Pero al mismo tiempo la temía, esa sinceridad para confesarle que había estado a las puertas del matrimonio tres veces y que las tres las había rechazado, para confesarle su afecto sin rubor, porque cree en la libertad de amar por encima de los perjuicios, tampoco oculta sus desavenencias familiares, incluso habla de irse a vivir a Madrid con su hermano. A esto hay que añadirle una vasta cultura, deseos de triunfo, opiniones propias, la gusta ser halagada y no lo



Gertrudis Gómez de Avellaneda. Grabado de C. Legrand, publicado en el tomo de «Poesías» (1850).

disimula, todo esto le aterra, le hace vacilar. Piensa en el futuro que le espera con una mujer de estas características. «Puede llegar a tratarlo como un esclavo, si él no sabe hacerla su esclava, que es a lo que estaban acostumbrados los hombres españoles, y entonces hará el ridículo siendo el marido de la poetisa, de la célebre poetisa que van a coronar con laurel en los Liceos. El lo presentía» (5).

Pero estos amores no la merman su actividad creadora se dedica con ahinco al estudio, traduce, compone, publica bajo el seudónimo de *La Peregrina* y estrena un drama titulado «Leoncia». 1841 es un año importante, publica «Sab», su obra abolicionista, también ven la luz una colección de poemas, alcanza su ansiada mayoría de edad y con ella la determinación que su futuro está en la poesía. Sintió su llamada desde muy niña, ahora es su modo de vivir, la pauta a seguir.

Como un huracán del Caribe

Su ruptura con Cepeda y la meta que se había marcado hacían de Madrid su destino. Ella quería triunfar y nada mejor que el Liceo. Allí y de improviso la presenta Zorrilla cosechando un gran éxito. Cada día se va perfilando más claramente el sueño dorado de su vida, ser la primera poetisa de habla española. Para ello



Juan Nicasio Gallego (1777-1853). (Biblioteca Nacional. Madrid).

(5) *Idem.*

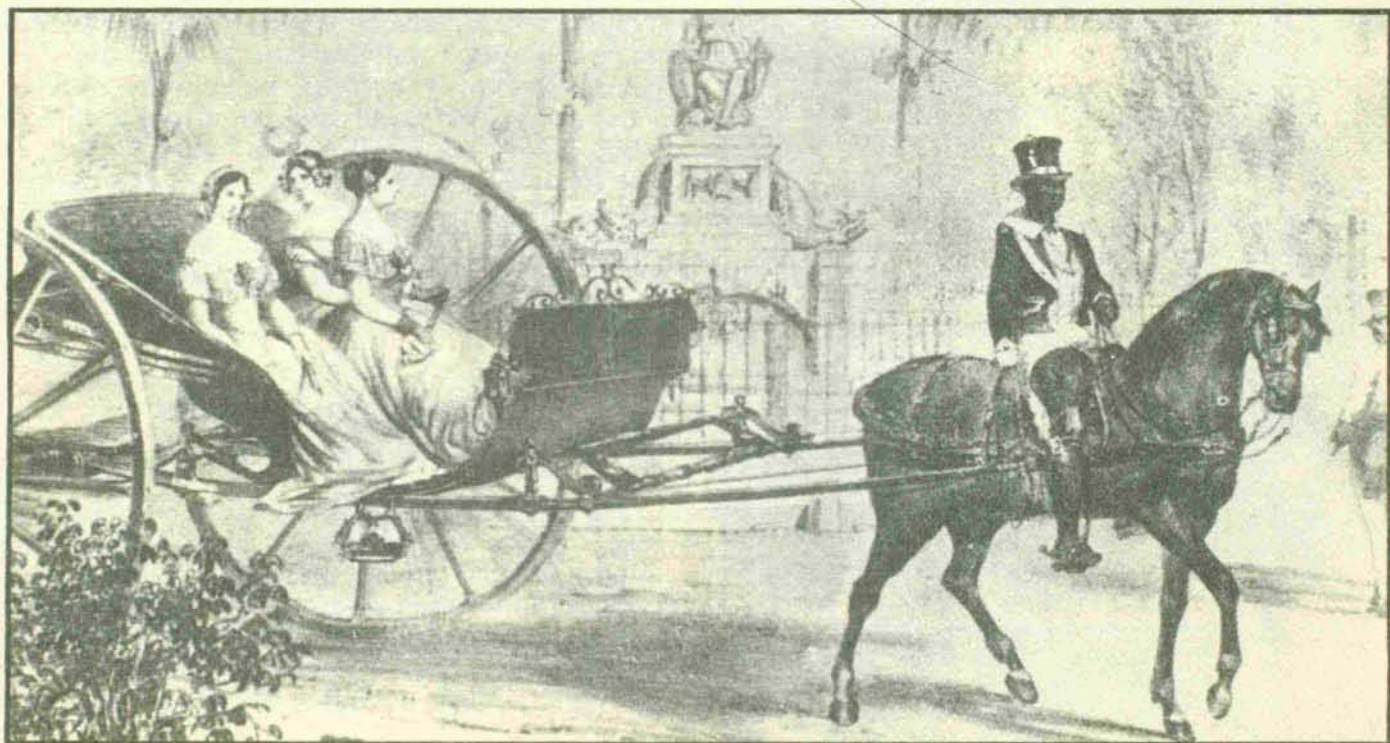
no escatima esfuerzos, trabaja hasta altas horas de la madrugada, se entrega de cuerpo y alma a su tarea, además, se siente atraída por el teatro y comienza una obra «Alfonso Munio». Está en su ambiente ideal, romanticismo, literatura, teatro. Entre su corte de admiradores, pues Tula es tan admirada por su talento como por su hermosura, se encuentra un poeta llamado Gabriel García Tassara. Este sevillano, un año más joven que ella, atractivo, seductor, mujeriego y decidido, enamora locamente a la Avellaneda. Este amor tiene su fruto, Brenilde, que hace en abril de 1845. Pero Tassara que tan rendido parecía ante la maternidad de Tula la deja. ¿Qué ha quedado de aquel apasionado amor que aparentaba? Esta era la respuesta para la admiradora de Jorge Sand, que había llevado a la práctica sus teorías sobre el amor libre y se veía pagada con el engaño y el abandono.

A pesar del golpe, que lo supo encajar muy bien, pero desde entonces, desde que su confianza y su amor habían sido engañados, primero por Cepeda y luego por Tassara, poco a poco ante los palos de la vida se va desengañando de que con la verdad sólo se consiguen fracasos y esto la lleva a beber el opio de la religión, una religión hueca, jamás profunda. Ante estos acontecimientos sus energías no se rinden, sigue trabajando, frecuenta reuniones, publica «Dos mujeres», otra de sus obras atrevidas, muchos ven en ella a la avanzada de las mujeres libres. Gertrudis no es una feminista nata, pero hay que reconocer que abrió camino. Su valor, su sinceridad y sus obras nos lo confirman, claro que nos referimos a la Tula

juvenil llena de ímpetu, de justicia social, la que no le importaba el matrimonio con bendición o sin ella, sólo valoraba los sentimientos, la que se atrevió a dar al negro Sab, unos valores humanos y culturales sólo exclusivos del blanco en plena época esclavista, y por ello tuvo que soportar críticas, prohibiciones en su país de origen, porque decían que sus obras («Sab» y «Dos mujeres»), eran subversivas y pregonaba que todos los hombres eran iguales y lo decía quien había vivido en medio de la esclavitud como algo normal. Esta Tula que lo arrolla todo como un huracán del Caribe, es a esta Avellaneda a la que nos referimos, y no a la conservadora, devota y materialista que la hizo ver la vida a fuerza de decepciones, porque si comparamos una y otra perdería muchos enteros, pero nos interesa esta Tula, la auténtica criolla, la Avellaneda con unos principios íntegros, a la cubana que llegó con sueños de gloria, de proclamar la verdad; ésta es nuestra Avellaneda.

Es fácil imaginar su situación, los comentarios que se producirían, pero sigue en la brecha, como si nada hubiera pasado, dejando que la corriente arrastre el agua. En 1844 estrena dos obras dramáticas «Alfonso Munio» y «El príncipe de Viana», pero a pesar de su buen aspecto se siente cansada, derrotada, falta de ilusiones y es que como buena romántica necesita el amor, es algo vital en su vida. Ella misma lo reconoce: «Necesito amar y ser amada» (6). Eso y la literatura son el eje de su vida. Todas estas desventuras se las cuenta a Ce-

(6) *Idem.*



El quitrín habanero tal como lo describe la Avellaneda.



Isabel II (1830-1904) y Francisco de Asís (1822-1902).

peda, con el que nunca ha dejado de cartearse. Su antiguo amor ha dado paso a otro sentimiento: la amistad, y a él se sincera constituyendo este epistolario una de sus mejores obras.

En abril de 1845 nace María, a quien llama cariñosamente Brenilde. Es una niña enfermi-za, que muere escasamente a los siete meses de haber nacido, el 9 de noviembre de 1845. Tassara no quiere saber nada de ella ni de la niña, le niega la paternidad, incluso cuando la pequeña está a punto de morir, no accede a los ruegos de ir a conocerla. Todo esto la atormenta, la desasosiega, la hace aborrecer la vida y desea cambiar de aires, irse a París, huir en definitiva como siempre hace cuando tiene una situación difícil. Lo cierto es que continúa en Madrid, incluso acaricia la idea de crear un periódico.

Después de esta tormenta sentimental aparece Pedro Sabater. Es un joven diputado a Cortes, amable, enfermo y enamorado de Gertrudis. Quiere casarse, ella lo duda, no le ama y se lo hace saber, pero se siente atraída por su ternura y sobre todo por agradecimiento después de lo de Tassara. Por fin se decide y contrae matrimonio el 26 de abril de 1855, en la más estricta intimidad, enviudando seis meses después. De nuevo el dolor la tiende sus tentáculos, otra vez sola, algo que difícilmente soporta. Su desesperación la lleva a la reclusión en el Monasterio de Loreto.

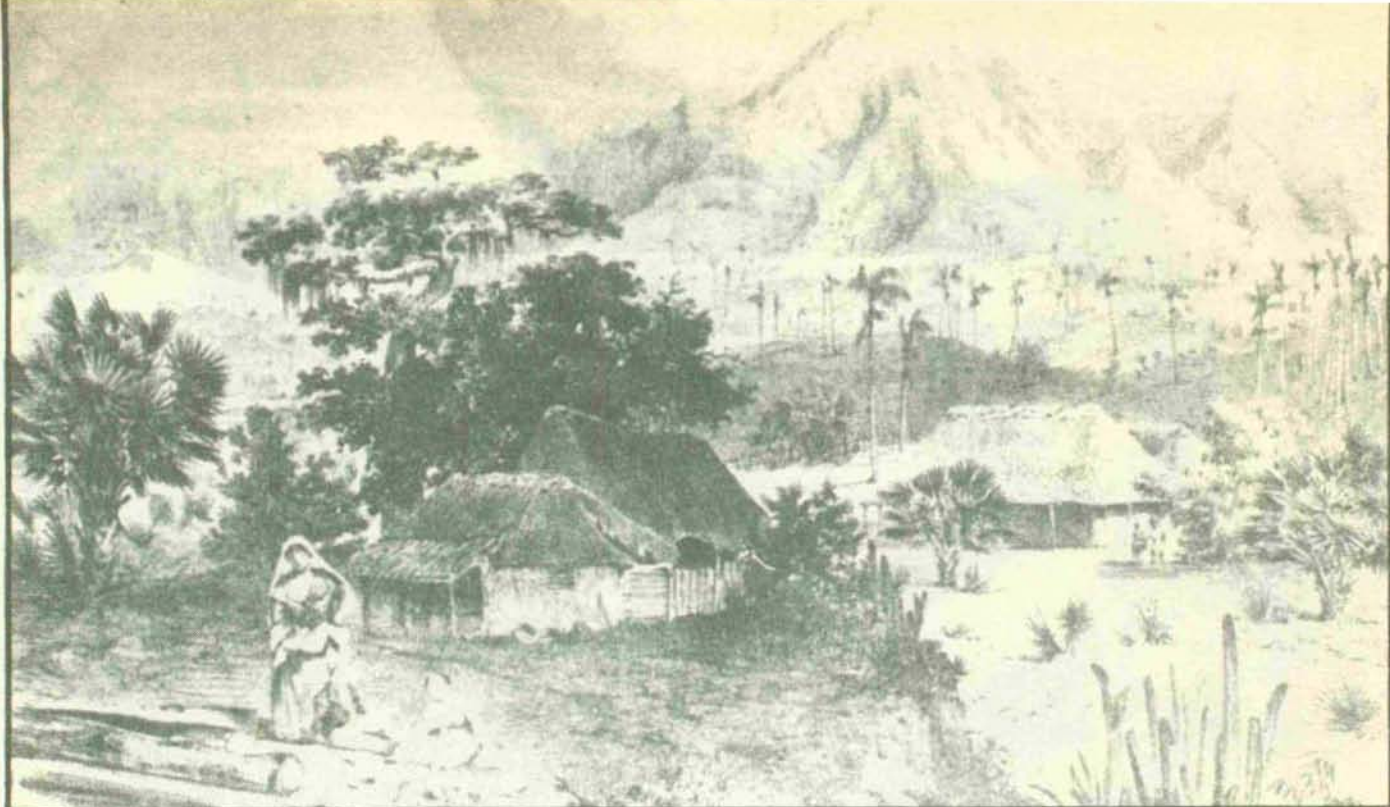
Su espíritu no parece encontrar sosiego.

Aquellos amores de su juventud, Cepeda, vuelven a resurgir. Ambos son libres y los acontecimientos les han vuelto a reunir. Pero Ignacio sigue siendo el mismo, dubitativo, temeroso, antes lo era del futuro, de ese futuro incierto que él presagiaba y que se confirmó, ahora teme el pasado aunque Sabater se casara con ella. Cepeda es el de siempre, precavido, egoísta, sin arriesgar nada, calculándolo todo al milímetro, viendo los pros y los contras, todo lo opuesto a la Avellaneda; ella ama, lo da todo sin límites, sin reservas, es su forma de entender la vida. Ballesteros ve así este amor y no le falta razón. «Maneja a su antojo la situación entre él y la Avellaneda. Es verdaderamente irritante seguir la historia de este amor y ver cómo una mujer de la categoría de la Avellaneda convirtió en su ídolo a aquel señor vulgar que, echándose las de virtuoso y prudente, se las compuso para hacerla desgraciada» (7). Pese a sus esfuerzos no consigue retener a Cepeda, que se marcha a París.

Aspiraciones de ingresar en Palacio y en la Real Academia de la Lengua

Ante tanta desdicha Tula trabaja intensamente, y cada día se va perfilando en ella su

(7) *Prólogo de «Sab», por Mary Cruz. Editorial Arte y Literatura. Biblioteca Básica Cubana. La Habana, 1967.*



El pico de Tarquino en la costa Sur. (Litografía de L. Marquier).

otro ego, su parte conservadora, materialista. Desea consolidar su posición tanto literaria como económica y para ello solicita su ingreso como azafata al servicio de la Reina Madre. Solicitud que le fue denegada. No se da por vencida y vuelve a buscar recomendaciones para alcanzar su objetivo, sin abandonar su faceta teatral, y en 1849 estrena dos obras que la encumbran: «Saúl y «Recadero». Compagina el teatro con la poesía y empieza a dar síntomas de cansancio y padecimientos nerviosos, que no la dejarán hasta el fin de sus días.

Es una época soberbia en el plano artístico, estrena numerosas obras, entre ellas «La hija de las flores», donde toca el problema de los hijos naturales. Inesperadamente fallece su amigo Juan Nicasio Gallego, quedando vacante la plaza como académico. La Avellaneda, que desde hace tiempo busca una posición, en la presente ocasión aspira al sillón académico que ha dejado su maestro y que, por derecho propio, la pertenece. De nuevo pone en movimiento la máquina de las recomendaciones y emplea su actividad para que los votos le sean favorables. Nadie mejor que ella para ocupar ese puesto, Gallego fue su maestro, su amigo y su consejero durante años, aparte la Avellaneda aporta un brillante historial como poetisa lírica y dramaturga, sus éxitos y su fama hablan por sí solos, pero hay ciertas cosas en este país, que por mucha valía que una mujer tenga le están vedados. La Real Academia de la Lengua es una de ellas. Famosa es su misoginia, tanto, que todavía no ha podido sentarse en uno de sus sillones una mujer, a pesar del tiempo transcurrido. La discriminación es evidente.

En la carta que su amigo el marqués de La Pezuela comunica su derrota en uno de sus párra-

fos pone: «En mi juicio, casi todos valíamos menos que usted; pero sin embargo, por la cuestión del sexo (y el talento no debe tenerlo), los partidarios de usted sufrimos la pena de no contarla» (8). Nunca aceptó este resultado y sus motivos, y a raíz de ello publicó una serie de artículos que con el título de «La mujer» atacó las instituciones que restringen su partici-

(8) «Una vida romántica - La Avellaneda», por Carmen Bravo-Villasante. EDHASA. Barcelona, 1967.



Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1911).

pación y exclamó: «Soy acaso, el único escritor de España que jamás ha alcanzado de ningún gobierno distinción ni recompensa grande o chica. Mi sexo ha sido un eterno obstáculo, y mi amor propio herido ha tenido, sin embargo, que aceptar como buenas las razones que, fundándose siempre en mi falta de barbas, se han servido alegar» (9).

Por si esto fuera poco se entera de la boda de Cepeda, su desengaño es atroz. Otra vez se pone a hacer planes para marcharse, incluso anuncia su regreso a Cuba, que no lleva a la práctica. Es una época fatal, no consigue sobreponerse de un golpe cuando le viene otro, a esto hay que añadirle la enfermedad de su madre y la soledad que la aterra.

En 1846 contrae matrimonio con Juan Verdugo, ayudante del rey don Francisco y gentil-hombre de cámara. Los padrinos son los reyes. Por fin, consigue verse dentro de palacio como consorte y rodeada de mimo y gloria. El teatro sigue ocupándola gran parte de sus horas de trabajo, en ellas gesta a «Baltasar». Aunque aparente brillantez, el aspecto económico sigue preocupándola y solicita una pensión al gobierno que le es atendida.

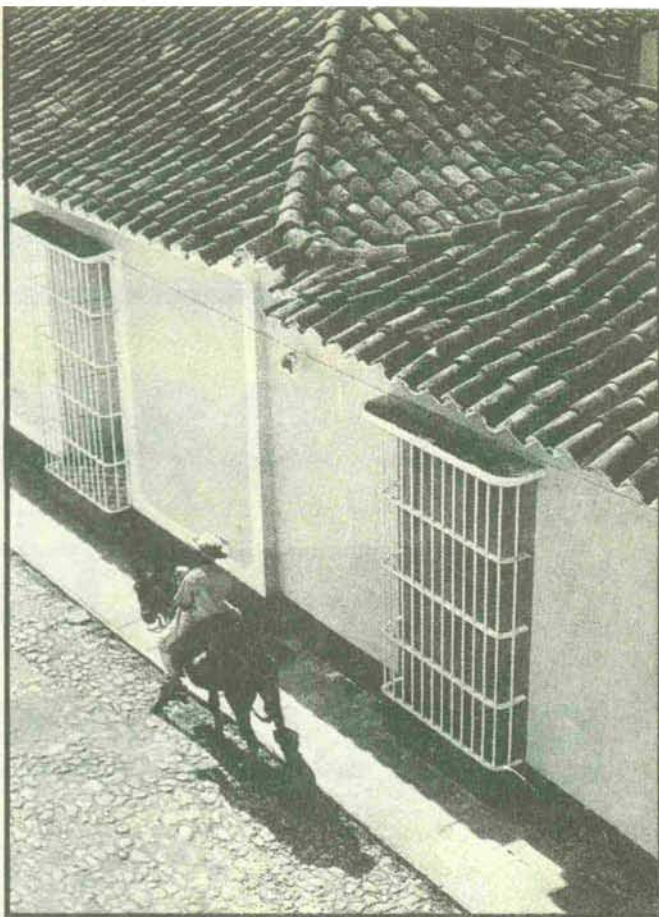
Otra vez Cuba

Su marido es destinado a Cuba y con él emprende el regreso a su país de origen, después de muchos años de ausencia.

(9) *Idem.*



La Avellaneda en 1860, en la época de su coronación en La Habana.



La Habana. Arquitectura colonial.

Su entrada en La Habana el 24 de noviembre de 1859 es apoteósica. Va precedida de una fama legendaria de amores, desgracias y triunfos. La Avellaneda está en la cumbre, y este desbordamiento llega con su coronación en el Gran Teatro de Tacón de La Habana, el 27 de enero de 1860. Atrás han quedado los tiempos en que estaba prohibida por sus ideas antiesclavistas, ahora con esta postura más cómoda resulta grata.

El reencuentro con su tierra, con su gente, la emociona, nunca les había olvidado, pero el calor al que ya no está acostumbrada la irrita, las jaquecas se incrementan y su carácter se agría. Escribe frenéticamente, pero no todos son agasajos, también sabe que su matrimonio con un representante del gobierno central no agrada a los que tienen ideas independentistas, tampoco comprenden su doble nacionalidad, es cubana de nacimiento y española de adopción, no quiere renunciar a ninguna de las dos cosas.

En septiembre del 63 cesa en el gobierno su marido, y sale para Pinar del Río donde enferma gravemente y fallece. Otra vez sola, otra vez con su dolor auestas, siente nostalgia de España y embarca deteniéndose en varios países. Ya en la península reside en Sevilla y prepara la edición definitiva de sus obras completas, que por desgracia rectifica en su mayoría, excluyendo de ellas a obras tan importantes como «Sab» y «Dos mujeres», justo sus obras comprometidas. En su constante peregrinar vuelve a residir en Madrid en 1870. Su salud se ha resentido mucho y fallece el 1 de febrero de 1873. ■ P. C.